

## PRESENTACIÓN

La pregunta sobre la existencia histórica de Jesús es vital hoy para mucha más gente de lo que se cree. Es un tema absolutamente candente en nuestra sociedad actual, que se plantea con más frecuencia de lo que pensamos.

Yo mismo me equivocaba en tiempos sobre su repercusión entre las gentes. Tras la aparición del libro de Arthur Drews sobre el mito de Cristo en 1910 —uno de los últimos libros serios que exponía argumentos sobre la no existencia de Jesús— con la reacción posterior de los especialistas, hubo un notable semi silencio en el ámbito científico sobre el tema de la existencia histórica de Jesús es decir, no se escribió ningún libro más durante cierto tiempo que aportara argumentos nuevos.

Hubo algunas notables excepciones, como las obras de J. M. Robertson, G. A. Wells y Prosper Alfaric, de los que hablaremos en este libro, pero tuvieron menor repercusión entre el público que la que en su tiempo tuvo la de Arthur Drews.

Tras la aparición y desaparición de Drews en la escena científica, hubo un tiempo en el que pensé que la cuestión de la existencia histórica de Jesús estaba resuelta en modo positivo, que estaba prácticamente todo dicho y que el tema había sido zanjado científicamente. Creí ingenuamente, además, que esta opinión había llegado hasta el pueblo. Pero me equivocaba respecto a los dos ámbitos: el popular y el científico.

Si hay una pregunta que se me haya repetido con ocasión de diversas intervenciones en público en los últimos tiempos es ésta. A

lo largo de una vida relativamente larga de profesor de universidad y de conferenciante me he topado repetidas veces con una cuestión planteada una y otra vez en el turno de preguntas tras una conferencia académica o de otro tipo: «¿Existió Jesús realmente?». O bien me he encontrado con la afirmación rotunda de algunos: «No sé por qué está Usted planteando cuestiones en torno a Jesús, cuando es bien sabido que está probado científicamente que el personaje no existió nunca».

Esta última afirmación es rotundamente falsa: la ciencia histórica no sostiene tal cosa en boca de la inmensa mayoría de sus representantes. Con total seguridad podemos decir que esta mayoría científica sostiene lo contrario. Pero ¿existen argumentos contundentes para demostrar científicamente la existencia o no existencia de Jesús?

En un programa de televisión en el Canal 4, «Cuarto Milenio», a propósito del recientemente descubierto *Evangelio de Judas*, el presentador Iker Jiménez me formuló una vez más la pregunta: ¿Hay argumentos y pruebas para demostrar la existencia de Jesús? Respondí: «Hay pocos argumentos, ciertamente». Al momento las líneas de teléfono del programa comenzaron a trepidar con gente que protestaba a propósito de mi afirmación «pocos». Son pocos los argumentos, aunque algunos muy sólidos. Y como los hay, o puede haberlos, deben discutirse para que lleguen al mayor número de personas posible.

Por tanto, parece a todas luces que el tema es más complejo que la tajante y sencilla solución formulada por algunos. Es cierto que la civilización cristiana en líneas generales no se planteó esta cuestión hasta el «Siglo de las Luces», la Ilustración, muy a finales del siglo XVIII. Pero desde ese momento no ha dejado de resurgir una y otra vez en el panorama intelectual de los estudios de religión, historia antigua y de fenomenología religiosa.

A responder en lo posible a estas preguntas dedicamos un Curso de Verano de la Universidad Complutense en julio-agosto de 2007, cuyas actas, un tanto remodeladas, ofrecemos en el presente volumen. Me parece suficientemente claro que la cuestión «¿Existió Jesús realmente? El Jesús de la historia a debate» es fundamental desde el punto en el que una religión como la cristiana se autocaracteriza respecto a otras en afirmar rotundamente que toda ella se enraíza sobre hechos bien fundados históricamente.

Tenido todo esto en cuenta, el Curso, y las ponencias resultantes que han desembocado en este libro, fue planteado del modo siguiente:

a) En primer lugar nos propusimos hacer una síntesis de las posturas más representativas de entre los autores que a partir de finales del siglo XVIII negaron o dudaron seriamente de la existencia histórica del personaje. Se formuló así la denominada «tesis mitista»: Jesús no existió nunca, sino que es la corporización más o menos consciente de un mito religioso y literario. ¿Cuáles son los argumentos principales en los que se apoya esta postura negacionista? ¿Qué peso tienen? ¿Se mantienen hasta hoy día?

Aquí debemos ser honestos y avisar al lector de que falta la transcripción de la primera ponencia que el Director del Curso, quien esto escribe, encargó al Prof. Quintín Racionero, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), pues yo sospechaba que los orígenes y primeras semillas de la plena negación de la existencia histórica de Jesús por parte de los ilustrados (Dupuis, Volney) se hallaban en los gérmenes expandidos por el teísmo inglés. Desgraciadamente la conferencia pronunciada no respondió a las expectativas puestas en ella, y luego —cuando pedimos al autor que la reorientara y completara para que al menos viera la luz en la presente publicación— no conseguimos que el original nos fuera entregado jamás. Repetidas promesas orales y por escrito, en privado y ante varias personas, resultaron ser vanas y engañosas.

Quede aquí constancia de nuestro intento y del deseo actual de que con el tiempo otro profesional competente asuma el reto de presentar este tema al público. Y quede también para otra ocasión bucear en el trasfondo y la base del pensamiento moderno que niega la existencia de Jesús: los círculos libertinos junto con los orígenes del ateísmo moderno; la teología racional frente a la revelación histórica: el deísmo y sus consecuencias para la investigación sobre la vida y dichos de Jesús; la Ilustración alemana hasta llegar a Herder, donde se planteará radicalmente el problema del Jesús histórico: ¿es posible una «religión de la Razón» basada en la crítica histórica de Jesús y del cristianismo?

b) Siguió luego en el Curso un estudio de los argumentos de la tesis mitista: la existencia histórica de Jesús no es demostrable racionalmente; su figura es un mito. Sus puntos de vista siguen siendo la base de la negación de la existencia de Jesús hoy, ya que esta «escuela» está absolutamente viva en la actualidad. Uno de los autores que será tratado en los capítulos siguientes (cap. 3) es Michel Onfray, cuya obra *Traité d'athéologie* (Éditions Grasset & Fasquelle, Paris 2205), fue traducida rápidamente al español al año siguiente..., y en ese mismo año vieron la luz cuatro reimpresiones seguidas: *Tratado de ateología*. Traducción de Luz Freire, Editorial Anagrama, Barcelona, 2006, 249 pp.

Nos parece importante presentar al lector, en el umbral mismo de la obra presente, el esqueleto argumental de esta postura que sostiene como trasfondo cualesquiera otros argumentos. De la mano de M. Onfray podemos resumir el esquema intelectual<sup>1</sup> que sustenta esta tesis mitista. Es en líneas generales el siguiente:

- La existencia de Jesús no puede verificarse históricamente, es decir, con los métodos críticos empleados por los profesionales del estudio de la historia.

- Para la posibilidad de la creación de este mito es preciso tener en cuenta las circunstancias sociales, políticas y religiosas del Israel del siglo 1 d.C. y su entorno.

- En la época y lugar en la que comienza a difundirse su existencia, mitad del siglo 1, Palestina, existía entre los judíos piadosos, la inmensa mayoría del pueblo, un ambiente exaltadamente religioso que anhelaba la liberación nacional del país del yugo de los romanos.

- Esta ansia de liberación hizo que desde la muerte de Herodes el Grande (4 a.C.) hasta el estallido de la Primera gran revolución contre el poder de Roma (66 d.C.) hubiera casi una decena de personajes de tinte más o menos mesiánicos, que prometían de uno u otro modo la liberación de Israel del yugo extranjero y una vida conforme a la Ley: «profetas furibundos, locos iluminados, histéricos convencidos de la superioridad de sus verdades grotescas y vaticinadores de múltiples apocalipsis» (Onfray, 130).

---

<sup>1</sup> Esta breve presentación debe complementarse con la que hace el Prof. Jaime Alvar en el capítulo 3 de la presente obra.

- La historia de uno de ellos, llamado Teudas, que se creía Josué (una transcripción en griego del nombre de Jesús que significa «Dios salva») pudo ser el origen remoto del personaje Jesús de Nazaret.

- El primero en propalar el sentimiento religioso en torno al recuerdo de este personaje, «rebautizado» como Jesús, fue Pablo de Tarso, quien hizo de él un personaje, no real, sino intelectual, un constructum auténtico, al que vistió de carne y hueso y proveyó de ideas. Pablo no había visto jamás al personaje, pero encarnó en él su «delirio religioso histérico» (142).

- La religión paulina, centrada en un Jesús mesías imaginario construye el mito de éste, en sus cartas, con un trasfondo de «odio a sí mismo, al mundo, a las mujeres, a la libertad... y a la inteligencia» (149).

- Propiamente, el constructor intelectual de Jesús de Nazaret fue el evangelista Marcos, el primero que creo conscientemente una «biografía» fingida del personaje. En el personaje Jesús, Marcos materializó con mucha mayor concreción que Pablo la histeria religiosa de la época. «Jesús materializa las energías difusas y dispares malgastadas contra la mecánica imperial de la época», es decir, «concentra en su nombre la aspiración mesiánica» de su tempo (132-3).

- Para ello, Marcos toma como modelos literarios noticias fantásticas que en su época circulaban sobre Pitágoras, Sócrates y otros (134-135).

- Una vez propaladas estas historias en torno a un personaje inexistente, una mera construcción intelectual, gracias al poder performativo del lenguaje —«Cómo construir cosas con palabras», como reza el descriptivo título de la conocida obra de John Austin— el Jesús inventado va tomando cuerpo real. «El poder del lenguaje, al afirmar, crea lo que enuncia».

- A Marcos siguen el resto de los autores del Nuevo Testamento. ¿Son conscientes estos escritores de que están creando un mito? «No lo creo» —responde Onfray, 137—. Ni consciente, ni voluntaria ni deliberada. Marcos, Mateo, Juan y Lucas no nos engañan a sabiendas. Pablo tampoco. Se engañan a sí mismos, pues afirman que es verdadero lo que afirman. Ninguno de ellos conoció a Jesús en persona, pero los cuatro (los cinco, en verdad) adjudican una existencia real a la ficción» (137).

• Una vez creada la obra de propaganda, la «construcción completa del mito se lleva a cabo durante varios siglos por medio de plumas diversas y múltiples» (138) y puede ser asimilada a la construcción de leyendas en torno a Mitra, Hércules, Dioniso, etc. Pero el historiador, o el hombre culto de hoy, puede caer en la cuenta de la impostura y llegar a conocer la realidad —es decir, la no existencia histórica de Jesús— porque las historias evangélicas están llenas de contradicciones e inverosimilitudes (138-141).

c) Una vez expuestos estos argumentos más detenida y específicamente en las ideas de otros autores antiguos y modernos, desde Bruno Bauer hasta G. A. Wells y el mismo M. Onfray, el Curso dio paso a otras posibilidades: el examen de si existen testimonios de historiadores importantes del mundo antiguo, externos por completo al cristianismo, y cercanos a los hechos y qué valor tienen. Es decir, textos de obras históricas independientes del cristianismo que proporcionen un testimonio fehaciente de que Jesús existió.

Aquí se planteó cuántas son estas fuentes y en qué grado son discutibles: los textos del estoico sirio Mara bar Sarapión, del historiador judío Flavio Josefo, en su obra *Antigüedades de los judíos* xviii 63-64 y xx 200 (obra compuesta hacia el año 93 d.C.), y el del historiador romano Tácito, que en su obra *Anales* xv, 44, 3 (compuesta hacia el 116-117). También se examinaron los testimonios de otros autores menos relevantes.

d) El tercer ámbito del Curso, y de este libro, es el análisis de los documentos cristianos que dan fe de la existencia histórica del personaje Jesús. Hay que preguntarse si puede uno fiarse de los testimonios directamente cristianos, y en concreto de los más cercanos cronológicamente a la existencia presunta del personaje, recogidos en el corpus que llamamos Nuevo Testamento.

Los científicos, tanto filólogos como historiadores del mundo antiguo, afirman con razón que son testimonios partidistas y propagandísticos: están a favor del personaje, Jesús. Están imbuidos de la fe en él, y por tanto su credibilidad es en principio más que dudosa. Como propagandistas de una fe, es lícita también la pregunta de en qué grado este partido previo puede llegar a distorsionar la posible figura histórica de modo que ésta quede irreconocible.

Pero es posible que exista un poderoso argumento a favor de la existencia histórica de Jesús a partir de la crítica literaria e histórica interna a los documentos, es decir a la crítica que se ejercita con los textos del Nuevo Testamento, sobre todo los Evangelios tal como están y han llegado a nosotros.

Debemos discutir esta posibilidad desde un punto de vista doble:

1. El esencial —y que va a la raíz del problema— es la constatación de dos modelos básicos de presentación de Jesús en los Evangelios que son antagónicos entre sí, *pero que presuponen ineludiblemente la existencia histórica del personaje*. Estos dos modelos son:

- El Cristo de procedencia y de destino final divinos que se encarna, muere y resucita por la salvación del género humano, es decir, el Cristo paulino, el Cristo de la fe.
- El Jesús judío que subyace en el fondo de los Evangelios, un Jesús meramente humano, perfectamente situable dentro del contexto escatológico-mesiánico judío.

Tenemos que aclarar si una investigación a fondo nos indica o no que los dos modelos presentan una radical contraposición e incompatibilidad ideológica.

2. Este mismo argumento se especifica a otro nivel un tanto más superficial pero igualmente válido y que en el fondo desemboca en la misma cuestión. Pero esta vez no planteado a nivel de la contraposición entre los modelos de interpretación de Jesús por parte de Pablo y del primitivo evangelio judeocristiano (es decir la proclamación más antigua sobre Jesús de Nazaret como mesías), sino en el nivel de los textos del Nuevo Testamento que más directamente afectan a la biografía de Jesús, los Evangelios, tal como los leemos hoy día.

El argumento a discutir a este respecto podría formularse así: «Si Jesús fuera una mera invención de los evangelistas, lo habrían inventado de un modo que no les produjera tantas dificultades, tantos dolores de cabeza a la hora de mostrar quién era el personaje».

Un ejemplo podría ser la escena del bautismo de Jesús. Imaginémonos metidos dentro de la piel de uno de los Evangelistas: si como evangelista, me invento la escena del bautismo de Jesús a manos de Juan Bautista, y la dibujo de un modo similar a como aparece en los llamados Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), se-

ría un poco estúpido, porque me estaría inventando una escena que va a producir, a mí y a mi Iglesia, un buen monto de dificultades teológicas... algunas difícilmente superables.

En efecto, mi Iglesia, a finales del siglo I, ya cree que Jesús es el Hijo de Dios real y por esencia, por tanto un ser sin pecado, absolutamente puro como Dios que es. ¿Para qué necesita un ser sin pecado bautizarse con la gente, recibir un bautismo que por esencia misma está destinado al perdón de los pecados? Y que esta dificultad fue sentida, que así ocurrió efectivamente, lo muestra la manera cómo un evangelista detrás de otro trata esa escena y cómo procura explicarla y arreglarla. Por tanto están contando algo real de lo que no pueden desembarazarse, pero que intentan explicar y maquillar de algún modo. Hay un material tradicional, recogido por los Evangelistas, que es contrario a su presentación, o proclamación, del Cristo de la fe. Este material se les impone necesariamente y en él va vehiculado con toda claridad la existencia histórica del personaje Jesús de Nazaret. En esta línea se discutieron también otros argumentos complementarios, pero no menos interesantes que aparecen a lo largo del libro.

*e)* Existe un cuarto ámbito de análisis en este Curso y en este libro: el de la admisión de la mera existencia histórica del personaje, pero su presentación a los lectores en una línea de distorsión o desfiguración consciente o semiconsciente, producida por el emplazamiento mental de sus autores dentro de una confesión religiosa determinada, ya sea en tiempo antiguo o en moderno. Dos ámbitos consideraremos:

1. El de la investigación literaria e histórica de tono científico, en donde como muestra fehaciente de la distorsión se estudian las posiciones de Martin Kähler y Timothy L. Johnson que argumentan en pro de la inutilidad de la búsqueda del Jesús histórico.

Aquí hemos deseado también ofrecer un toque de absoluta actualidad. El pensamiento de dos autores contemporáneos que niegan la existencia de Jesús, al menos al modo usual: Llogari Pujol y Francesco Carotta. El primero sostiene que Jesús existió quizás, pero lo que sabemos de él no es real, sino una copia de textos sagrados egipcios y la adaptación. El segundo defiende que los Evangelios moldearon la oscura vida de Jesús copiando descaradamente la biografía de un personaje ilustre y atractivo: Julio César.



En realidad, en los ejemplos presentados en este apartado —sobre todo en los dos últimos— la distorsión literaria del personaje Jesús es tal, que resulta como si no hubiere existido.

2. El ámbito de la novela o de la historia ficción. Aquí habrá exposición y crítica de la presentación/deformación de la figura de Jesús en dos direcciones:

- El de la pura novelística: Dan Brown, Saramago, Mailer, Kazantzakis, de Mattos, etc.

- El de una posible reconstrucción de la vida oculta del personaje a base del aprovechamiento de una revelación divina en tiempos modernos, como es el *Libro de Urantia*, remodelado por Juan José Benítez en su *Caballo de Troya*.

Estimo que puede ser muy interesante para muchas personas preguntarse —incluso admitiendo que Jesús existió históricamente— en qué grado algunas teorías sobre él lo deforman, o bien afirman presentar su «rostro auténtico» en contra de la opinión de algunas iglesias.

f) Por último hubo una sección en el Curso, y la hay en el presente libro, dedicada a la valoración de los «criterios de autenticidad», es decir, de las herramientas que ha ido elaborando la filología y la historia antigua para la reconstrucción de la figura del Jesús histórico si es que razonablemente se llega, como yo creo personalmente, al convencimiento de la existencia histórica del personaje.

Por consiguiente la estructura de este libro se presenta del modo siguiente:

1. En una primera parte (tres capítulos) se exponen todos los argumentos importantes en contra de la existencia histórica de Jesús de Nazaret con la mayor asepsia posible.

2. En los dos capítulos que siguen, y como complemento ofrecemos en este libro dos puntos de vista modernos -con cierta repercusión en ámbitos intelectuales españoles- que niegan la existencia histórica de Jesús, tal como usualmente se entiende. O, al menos, aun aceptando la posibilidad de que el personaje haya existido en cuanto tal, argumentan la absoluta imposibilidad de conocerlo históricamente, ya que el proceso de transmisión de sus palabras y dichos es en sí inservible para este proceso de conocimiento. Éste se halla con-

dicionado radicalmente bien por lo que se llama una «transposición diegética», bien porque los autores evangélicos han utilizados fuentes literarias dispares, egipcias en concreto, para describir las acciones y palabras de Jesús. Este uso ha producido tal distorsión, al menos teórica, que tales fuentes no son fiables para una reconstrucción histórica del personaje.

3. En la segunda parte de este libro (capítulos 6, 7, 8) hemos considerado los argumentos principales que abogan por la existencia histórica, sin ningún tipo de dudas, del personaje Jesús de Nazaret con la presunción de que una cosa es afirmar la existencia histórica de un individuo concreto y otra sostener que se pueda saber con exactitud ciertos datos sobre él.

4. En la tercera queremos presentar al lector una ulterior posibilidad que acaece en el tratamiento histórico de Jesús: aceptar también sin duda su existencia en el plano de la historia, pero desfigurar consciente o inconscientemente, con buena o mala fe su figura y misión.

Desde el punto de vista histórico nos parece que la primera mutación que sufre su figura es debida a la fe y al entusiasmo escatológico de la primera comunidad. Desde muy pronto tras la muerte de Jesús, movida por el recuerdo admirativo del Maestro y el firme convencimiento de su resurrección y ascensión a los cielos, la comunidad de creyentes considera a Jesús «Señor y mesías» (Hechos de los Apóstoles 2, 36) que ha de retornar pronto desde los cielos, en plenitud de sus poderes mesiánicos sólo incoados durante su estancia primera en la tierra, para instaurar el Reino de Dios definitivo. Esta creencia inicia un proceso de exaltación de la figura del Jesús histórico que lleva en último término en un lapso temporal rápido a la completa divinización del personaje humano Jesús de Nazaret. La divinización de Jesús se presenta en el Nuevo Testamento con palabras aún un tanto oscuras en Pablo de Tarso (Filipenses 2, 6-11) y con extrema nitidez en el Prólogo del Evangelio de Juan: Jesús como el Verbo eterno de Dios, preexistente que se encarna en Jesús (Jn 1, 1-14).

En este libro no consideramos este tipo de sublimación de la figura y misión de Jesús, que conduciría —en caso de intentarlo— a la composición de un amplio y complejo tratado por sí mismo, sino que presentamos sobre todo la distorsión de la figura de Jesús en los

llamados apócrifos modernos y en otra literatura más o menos de ficción de gran éxito en la actualidad. Como primer paso, y en el capítulo 9, abordaremos uno de los casos más sutiles de distorsión de la figura del Jesús histórico dentro de la más aparente ortodoxia, protestante o católica, que consiste en minimizar la posibilidad de alcanzar un conocimiento histórico seguro y fehaciente del personaje con la intención de afianzar con mayor seguridad el punto de vista de la fe sobre él. Es éste un aspecto al que se ha prestado poca atención.

5. Finalmente, los capítulos 10 y 11 exponemos otras distorsiones de la figura –que se supone que ha existido realmente– en obras de gran difusión que pretenden ofrecer la verdadera figura histórica del Nazareno, ya sea presentándose, aun dentro de la ficción, como una exposición histórica verdadera, ya en el plan absolutamente literario de la ficción novelística que acepta en principio que su reconstrucción es mera fantasía.

Espero que este libro sea interesante para los lectores y que contribuya positivamente a esclarecer el debate sobre la existencia, o no, histórica de un personaje que tan decisivamente ha influido en nuestra cultura.

ANTONIO PIÑERO  
Universidad Complutense, Madrid